









Manuel Ruiz Correro

# RETRATOS



Primera edición: junio 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Ruiz Correro

ISBN: 978-84-18828-00-3

ISBN digital: 978-84-18828-01-0

Depósito legal: M-16592-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi hija.  
Cuando sea mayor quisiera parecerme a ella.*



# Prólogo

Octubre 2028

Luis abrió la puerta. El apartamento le devolvió silencio y una luz tenue a pesar de que era mediodía. Las cortinas estaban echadas y mitigaban la tímida claridad del sol otoñal que se colaba por el balcón al final del pasillo. A él le gustaba así. Sabía que Ana las había dejado de esa manera antes de irse a trabajar. Sonrió al pensar en ello.

Recorrió el pasillo y dejó su mochila encima de uno de los sofás del salón. Se sentó en el otro y se acomodó en él. Se quedó quieto. La mirada perdida buscaba algo a través del trasluz de las cortinas. Se levantó muy despacio y fue hacia una pequeña habitación que usaba como despacho. Más bien era su rincón. Encendió la luz. Las paredes estaban vacías de fotos, dibujos o cuadros. Varias cajas se desparramaban sobre algunas estanterías. Todo tenía un orden pulcro. Reminiscencias de la educación maternal. Cogió una de las cajas, apagó la luz y cerró la puerta tras de sí.

De vuelta al salón, dejó la caja sobre la mesa y se acomodó de nuevo en el sofá más cercano al balcón y quitó la tapa. Era una caja de zapatillas deportivas algo desgastada por el tiempo. Al abrirla, un olor familiar le acarició y los recuerdos comenzaron a arremolinarse desordenados. Cogió unos de los antiguos cuadernos que usaba como diario. En la cubierta anaranjada y deteriorada estaba escrito el año: 2016. Hacía tiempo que no le echaba un vistazo. Se

quedó mirando la tapa sin decidirse a abrirlo. Trataba de ordenar las imágenes, las voces y los lugares que acudían a su memoria. Finalmente lo abrió y todo comenzó de nuevo.

# Diario de Luis

2016

El otro día, cuando caminaba, me di cuenta de que pasaba al lado del cementerio y por primera vez en mi vida fui consciente de que iba a morir. Desde entonces esa idea no se me va. Está enquistada dentro de mí.

Es terrible, pensé entonces. Sentí como un súbito temblor dentro de mí y fui más consciente que nunca de que absurdo era todo. Ya sé que no es algo nuevo. Ya sé también que todos sentimos algo parecido alguna vez en nuestras vidas. Nada es eterno, diría Jaime, un amigo al que le encantan las citas trascendentales y filosóficas. Pero me imaginé a mí mismo jugando, sonriendo, bebiendo, hablando, comiendo... y un momento después... muerto. *Game over. C'est fini.* Se acabó. Sin más. Hoy estás, mañana no. Metido en una caja de madera, pudriéndote para la eternidad, aburrido ahí dentro, en el cortijo de los «*callaos*», como dicen en mi pueblo.

Llevo pensando desde ese momento en, puestos a elegir, cuál sería la mejor opción:

1. Muerte súbita. No te das cuenta de nada, te vas y adiós. Los que se quedan jodidos son los que se quedan aquí.

2. Muerte lenta y dolorosa. Esa no la quiero. Esa es una putada. Vale, te da la opción de despedirte de tu gente y esas cosas, pero el que se jode soy yo. No, esa descartada.

3. Muerte rápida y dolorosa. La prefiero a la opción 2. Me daría tiempo a despedirme sin sufrir tanto.

Te levantas una mañana tan feliz y alegre y resulta que ese va a ser tu último día en este lugar que, dicho sea de paso, a mí no me parece tan mal como lo pintan algunos. Un accidente, un ataque cardíaco, un episodio de locura que te lleva al suicidio. Me pone los pelos de punta, de verdad. Tengo que dejar de pensar en eso.

Mi abuelo decía que todo se acaba, todo. Un gran tipo mi abuelo. Era capaz de poner buena cara a todo, pero no la buena cara que se pone cuando no se sabe porqué; mi abuelo le ponía una sonrisa a todo porque sabía que esa era la única forma de no dejarse llevar por todo lo malo que a uno le rodea, de toda la mierda humana que somos capaces de realizar. Su buena cara era una actitud ante la vida. Ahora me doy cuenta.

Me da mucha pena que ya no esté aquí para decírselo y escucharlo. Se fue de la forma 3. A veces pienso que si los espíritus y entes del más allá existen quisiera que mi abuelo me hiciese una visita de vez en cuando, por las noches, cuando nadie lo viese y se sentase a mi cama para charlar un buen rato con él acerca de todo lo que no hablamos. Si os digo la verdad, he llegado a imaginarme como podría ser esa conversación, pero no la voy a escribir aquí porque me parece demasiado íntima y a lo mejor me pondría a llorar, y yo odio llorar. Odio el llanto y lo que conlleva, las lágrimas y el balbuceo. Lo odio. No quiero a nadie cerca de mí que esté llorando. Me da muchísima rabia la gente que llora con tanta facilidad. Le das a un botón y se ponen a llorar. Leí no sé donde que llorar es bueno de vez en cuando, que se relajan los músculos cuando se termina y que te sientes mejor, desahogado. Yo no. Yo no lloré cuando mi abuelo murió. No quería. Tan solo lloré una vez desde que soy consciente de que existo. Fue por una rabieta en el colegio, algo absurdo, sin embargo me sentí tan mal después que me juré que nunca más volvería a hacerlo. Hasta hoy lo mantengo. Para mí es una forma de debilidad que no me puedo permitir. No soy fuerte, ni grande, ni se me dan bien los deportes, por tanto

debo mostrarme siempre duro aunque sea por el carácter. A mis 15 años es lo mejor que puedo hacer.

Mi madre me trata como si fuera aún un bebé. Es su forma de demostrarme lo mucho que me quiere. No deja de repetirme que lo dejó todo por mí, para educarme y que fuese todo lo que ella no pudo. Era una mujer muy bella y encantadora, según me dice mi abuela cuando me muestra fotos de su juventud. El tipo de belleza típico de aquí del sur: morena, no muy alta, ojos profundos. Ahora ya no es así. Al menos yo no la recuerdo nunca tal y como me comenta mi abuela. Mi madre es una persona que tiende a la exageración de sentimientos: o blanco o negro. Es capaz de enfadarse por lo más mínimo y de echarse a llorar como una condenada a la vez que grita que ella no le importa a nadie, que es una desgraciada. Cuando se pone así suelo irme a mi cuarto y ponerme a jugar a la Play, mientras mi padre coge las llaves y se va de casa. Siempre tiene unas ojeras muy exageradas y la piel amarillenta, fuma demasiado y suele estar en un continuo estado de nerviosismo. No es agradable estar con ella. Me avergüenza delante de mis amigos y habla a mis profesores como si el único de mi clase fuese yo. No es una mala madre, pero si se pudiese elegir una madre antes de nacer ella no sería mi primera opción.

Para mi padre, tanto mi madre como yo dejamos de existir hace ya bastante tiempo. No le culpo. Ni ella ni yo fuimos su primera elección. Mi tía Patricia me suele comentar cada vez que voy de visita a su casa que mi padre era un joven muy guapo que tenía a todas las chicas loquitas, incluso a mi madre. Lo que no me dice mi tía es que mi padre siempre quiso viajar y vivir la vida (esa es una expresión muy dicha por aquí), estar un día aquí y otro allí, quería conocer lugares remotos y soñaba con enamorarse de chicas de película que le hiciesen perder la razón. Quería sacar lo máximo de los años que tuviese que estar aquí (me lo contó uno de esos días que suele llegar borracho. No creo ni que se acuerde). Sin

embargo dejó a mi madre embarazada con 21 años y tuvo que quedarse a vivir una vida que no había elegido, con una mujer que no quería y cuidar a un niño que no deseaba. Ahora se dedica a ir del bar al sofá, hace tiempo que dejó de cuidarse y mata el mucho tiempo que tiene gracias al puesto de trabajo que no tiene viendo programas de debates y películas porno cuando cree que no hay nadie en casa.

La primera vez que le vi masturbándose en un cuarto que tiene para sus cosas delante del ordenador creía que esa imagen me iba a dejar traumatizado para el resto de mi vida. La realidad es que ya lo he visto demasiadas veces haciendo lo mismo, y cuando ves algo en tantas ocasiones se convierte en rutina. Yo no soy ningún santo, que conste. A mi también me gusta masturbarme de vez en cuando viendo una peli porno, lo admito. Pero para mi padre se ha convertido en una forma de anestesiar esta mierda que tiene por vida. Algunos se dan al alcohol, mi padre se ha dado a las pajas y al alcohol. Supongo que de esa forma siente por unos instantes las fantasías que siempre quiso vivir de joven.

Se podría decir que estoy enamorado de mi profe de mates. Se llama Susana. Rubia (pero no un rubio llamativo, estridente o artificial, no, es un rubio muy natural, elegante y como ausente, no sé. Me encanta cuando se lo corta como media melena y deja ver su cuello blanco y suave), no muy alta, pero no demasiado baja, tez pálida, pero sin exagerar, ojos azules y una sonrisa limpia. Fue amor a primera vista, como una de esas imágenes de las películas americanas en las que la chica entra por la puerta a cámara lenta, con la melena ondeando al viento y sonriendo de un modo desenfadado. No me gusta ser cursi ni nada de eso, en realidad lo odio, sin embargo mentiría si no dijese que me puse tan nervioso y tan bloqueado como nunca lo he estado en mi vida. No sabía qué decir. Con el tiempo he aprendido a disimular (o eso creo) y a no poner cara de gilipollas cada vez que me cruzo con ella por el pasillo

o en cualquier otro sitio. La verdad es que he tenido que ensayar un montón de veces delante del espejo que cara poner cuando me la encontrara. Al final creo que lo he conseguido, aunque por dentro sigo sintiéndome igual que el primer día que la vi y tengo que hacer un gran esfuerzo para no parecer tonto cuando hablo con ella o me pregunta en clase. Es una putada.

En clase los chicos hacen las típicas bromas sobre lo buena que está nuestra profe de mates. Es como un concurso para ver quién dice la burrada más grande sobre alguna parte de su cuerpo o sobre todo su cuerpo entero. Yo nunca participo. Paso. Para mí sería como traicionarla mentalmente. Creo que no podría mirarla a la cara. Supongo que lo mío es algo así como platónico. Yo no la veo en plan desnuda, con las tetas gordas y jugosas y follando con ella en plan desquiciado y lujurioso (eso me pasa con otras). Ella es algo intocable y lejano, es más bien como la personificación de una idea perfecta, de un ideal, de mi ideal femenino quizás. No sé. Lo cierto es que me repugna imaginarme a mí mismo retozando con ella. Es como si lo imaginase con mi madre. Y eso es asqueroso. Me gustaría acariciarla y mirarla eternamente. No pido tanto.

Antes me habían gustado otras chicas de mi edad, pero en plan hormonas descontroladas que buscan una salida urgente. Ya sabéis, los primeros sobeteos, la búsqueda de algo de carne fresca que «llevarse a la boca». Y, sinceramente, han sido muy frustrantes. Entre que yo no soy muy lanzado y que las chicas no se dejan manosear con demasiada facilidad mis conquistas son claramente exiguas.

Mis notas en clase de Susana son muy buenas, de sobresaliente. Soy bastante bueno en mates, lo reconozco. Bueno, realmente soy bastante bueno en todo, o al menos saco «sobres» en todas las asignaturas del instituto. Como profesora es brillante. Sabe sacar lo mejor de cada uno de nosotros y no deja nada a la improvisación. Contesta con soltura a todas las cuestiones que le planteamos y sabe cuándo relajar el tono y cuándo ser exigente sin parecer mandona. Ella sí sería mi primera elección en todo.

Mi madre está «super» orgullosa de mis notas y se lo hace saber con una clara falta de modestia a todas las demás madres (aquí, en este lugar del mundo, son las madres las que se preocupan por las cuestiones académicas de sus hijos. Los padres son los que los entienden). Esto, claro está, me supone un grave perjuicio para mi vida social dentro y fuera del instituto. En no pocas veces soy el centro de «admiración» de mi clase: bromas pesadas, motes perennes, miradas de desprecio y demás galería de fascinación desmedida hacia mi persona. Afortunadamente no son todos los que me atacan sin misericordia cuando he de pasar el mal trago de que una gran calificación mía haya sido propagada por mi «amada» madre. Y aquí es cuando os voy a hablar de David.

No sé muy bien porqué, pero desde Infantil David y yo somos muy buenos amigos, yo diría que somos los respectivos mejores amigos el uno del otro. Para mí desde luego que sí. Si no fuese por él mi estatus en la clase sería el mismo que el del gusano en la cadena alimenticia. Desde pequeño me ha defendido de los tipos duros del colegio. Incluso de los que son más mayores que nosotros. No le ha importado que le pegasen, castigasen o expulsasen. Creo que para él era una obligación que no me hiciesen daño. Supongo que desde que nos conocimos supo que debía ser mi guardaespaldas, que sin él yo estaba perdido. Yo, lógicamente, he dejado que me protegiese siempre, sin excepción. Al principio la rabia me hacía enfrentarme a los chicos que se metían conmigo, pero me di cuenta de que nada podía ganar con esa actitud y este cuerpo, así que opté por usar la cabeza (que eso sí se me da bien) y dejar que David me defendiese. Ya tendría tiempo de recuperar el orgullo herido.

La madre de David es una mujer joven que no suele reparar demasiado en él. Para ella hay cosas mucho más importantes. Mi madre comenta, no sin cierto cinismo, que a Irene (así se llama la madre de David) le gustan demasiado los hombres. Las personas como mi madre piensan que las mujeres están hechas para un solo hombre, aunque este hombre la haga una desgraciada y esto conlleve la nula interacción carnal a partir del primer año de casados.

Yo no sé mucho de matrimonios ni de amores eternos, pero no creo que lo de mi madre y mi padre sea un paraíso de felicidad conyugal. No lo creo.

Bueno, pues lo cierto es que a Irene parece que le gustan demasiadas las relaciones extramatrimoniales. Su marido, Joaquín, es un buen tipo que ya ha dejado de preocuparse por eso. Convive simplemente con la idea de que su mujer lo repudia y que necesita de la actividad sexual que otros hombres más jóvenes le ofrecen. David tiene además un hermano más pequeño llamado Borja. Actualmente está en Infantil. Al contrario que su hermano, Borja no es un chico muy agraciado físicamente; suele enfermar con demasiada asiduidad, es un niño apocado, callado y con problemas de comunicación. Si le miras la cara es como si estuviese siempre en un estado casi catatónico, ido, como si este mundo fuese demasiado para él. Todo el mundo achaca estos problemas a la actitud de su madre.

Para David, su padre es un cobarde empedernido, un tipejo que malvive día a día recogiendo las sobras que deja su mujer. No entiende su actitud, su dejadez o su pasividad ante tal situación. De vez en cuando David y yo solemos coger nuestras bicis y nos perdemos por los senderos de tierra entre los olivares cerca del pueblo. El otro día, cuando estábamos descansando un rato, apoyados en el tronco de un viejo olivo, David me comentó lo que le había ocurrido el día anterior. Al parecer, cuando estaba escuchando música en su habitación, oyó unas voces provenientes del salón de su casa. Inmediatamente bajó el volumen y descendió corriendo para ver lo que pasaba. Cuando llegó abajo vio a su madre gritando a su padre sin que él supiese el motivo. Cuando David vio la escena no pudo aguantar toda la rabia acumulada hacia su madre, se lanzó sobre ella y comenzó a golpearla ferozmente en el suelo por todo el cuerpo mientras gritaba descontrolado que era una puta y que la odiaba, que ojalá se muriese. No sabe cuánto duró la escena. Su padre lo separó de ella, mientras su madre trataba de ponerse en pie temblando, con la ayuda de una silla, para a continuación

explorarse las magulladuras y golpes recibidos en la cara. Parece ser que le hizo bastante daño y que necesitó ir a urgencias en el ambulatorio del pueblo.

David se zafó de su padre, que lo tenía cogido para evitar que volviese a golpearla, y antes de salir corriendo por la puerta de su casa volvió la cabeza hacia su madre y le escupió en la cara.

Lo siguiente que hizo fue ir a casa de Elena. Elena es una amiga del instituto que suele juntarse con nosotros. Es una chica muy guapa y atractiva, creo que más atractiva que guapa, una de esas chicas que no puedes dejar de mirar. Hace un par de semanas se rapó por completo la cabeza. Antes solía tener su morena cabellera a la altura de los hombros, sin ataduras, suelta pero desenfadadamente cuidada. Pues cuando se presentó en clase con la cabellera rapada al uno todo el mundo alucinó. Algunos de los chicos más atrevidos osaron lanzar comentarios jocosos acerca de su nuevo *look*, pero Elena los despachó con tal soltura verbal que los dejó más boquiabiertos. Fue increíble. Tan solo por eso mereció ir ese día al instituto. Desde que llegó al colegio en 3º de Primaria los tres nos hemos llevado bastante bien y eso me hace sentir alguien importante en clase.

Elena es de la clase de chicas que es perfectamente consciente del impacto que causa en el 99% de los chicos heterosexuales (casi todo el instituto se ha enamorado alguna vez de ella, yo incluido), pero que no se da ninguna importancia al respecto. Actúa con tal naturalidad y desparpajo que hace que a los chicos les guste todavía más. Habla a todos con frescura y espontaneidad, sin importar si eres chico o chica. Siempre me ha dado la sensación de ser inalcanzable para todos nosotros. Es como si el destino le tuviese deparado algo más que esto, que una vida simple. Escribiré más sobre ella en adelante, ahora quisiera terminar lo que ocurrió con David.

Unas horas más tarde de lo sucedido, David volvió a su casa acompañado de Elena y su padre, Juan, que es profesor de Ciencias en el instituto. Abrió la puerta su padre. Al parecer su madre no

estaba en casa. Juan y su padre estuvieron hablando un buen rato en el salón mientras que ellos subieron a la habitación de David.

Cuando se fueron Elena y su padre, Joaquín le comentó a David que su madre lo había denunciado a la Guardia Civil por maltratarla y que su madre se había ido con lo puesto no sabía donde.

Lo último que me contó David al respecto fue que dos agentes de la Guardia Civil se llevaron a su padre al cuartel y que no sabía cuándo saldría. Al parecer, él intentó decir la verdad de lo que ocurrió: que el que había golpeado a su madre fue él mismo, pero su padre le obligó a guardar silencio y le hizo prometer que no diría nada acerca del asunto. Actualmente David y su hermano están viviendo en casa de su tía Luisa, la única hermana que tiene Joaquín y que está soltera, que ha actuado más de madre de lo que nunca lo ha hecho Irene. Esta, a su vez, volvió a su casa y está viviendo en ella, sola. No sé qué ocurrirá cuando su padre salga de prisión. Personalmente creo que lo mejor es que todos se queden en casa de Luisa. Allí es más difícil que ocurra algo peor.

Bueno lo dejo por hoy. Tengo que estudiar. Chao.



# Irene

Finales de 1999

Irene era a ojos de todos una zorra, una mujer sin escrúpulos que hacía sufrir a su marido y sus hijos con su vida egoísta, llena de amantes y escándalos.

Nada parecía importarle excepto ella misma. Su marido era un hombre insulso y algo mayor que ella, lleno de prejuicios y debilidades que hablaba de forma empalagosa y quería de forma exagerada a sus hijos. Para ella, todo esto constituía una serie de debilidades y ataduras que provocaba que repudiara a Joaquín hasta la náusea. Lo odiaba. Cada vez que entraba en casa y le veía sonreír a los niños, o limpiando los platos, o hablando con su hijo David le entraban ganas de golpearlo hasta matarlo. Era superior a ella. Cada día se preguntaba cómo había llegado a tener esa vida. Ese no era el plan que ella tenía para sí misma.

Recordaba intensamente cada día como solía ser ella antes de casarse y tener hijos, antes de destrozar su vida. Le gustaban los hombres, por supuesto. Le encantaba sentirse deseada, observada cuando andaba por la calle. Se estremecía con cada mirada lasciva que los hombres le lanzaban, las sentía dentro de ella, casi físicamente. Era una sensación adictiva. Qué había de malo en ello. No entendía a todas esas mojígatas de pueblo que malgastaban sus vidas con hombres insípidos. Notaba cómo la miraban por encima del hombro cuando se las cruzaba por la calle. Ya no le importaba.

Hubo un tiempo en que sentía que estaba equivocada en lo que hacía, que debía ser una más. Ahora no. No entendía cómo había podido dudar siquiera un segundo.

Ella no deseaba ese tipo de vida. Las odiaba a todas. Fingiendo, pretendiendo vivir una vida plena y feliz. Ella sabía que eso no era así. Sabía que cada madre que veía recogiendo a sus hijos en el colegio era una mujer desdichada. Observaba sus caras descuidadas, sus deprimentes ropas aseadas, sus gafas de sol cubriéndoles casi la mitad de la cara, sus comentarios mordaces pero en apariencia inocentes. Eso era lo peor. Cada vez que hablaban lo hacían con una naturalidad fingida, como dando a entender que ellas eran superiores moralmente, que podían hablar de todo y de todos; como si ser madre les confriera un estatus especial que las colocaba por encima de los mortales. ¡Por Dios! Eran todas unas brujas. Hablaban de ellas entre ellas. Mujeres que creen saber la solución para los problemas de la gente pero que sin embargo desconocen el remedio para los suyos. Y osaban criticarla.

Era una mala madre. Lo sabía, pero no le importaba. De vez en cuando sentía algún tipo de remordimiento por el trato tan frío que dispensaba a sus hijos. Casi no los conocía. Para ella eran algo así como desconocidos. Quizás no estuviese siendo justa con ellos. Qué culpa podían tener. Sin embargo se lo reprochaba, porque para ella sus hijos eran uno de los motivos por los que aborrecía su vida. «¿Cómo había llegado a casarse con un hombre como Joaquín y a tener dos hijos?», se preguntaba cada día. Recordaba esa parte de su vida como una serie de imágenes inconexas y lejanas, como si no se correspondiese con la realidad que ella creía haber vivido.

En 1996, a la edad de dieciséis años Irene se había fugado con un comercial de una marca de productos congelados que visitaba la tienda de su madre casi todas las semanas. Nadie supo de ella hasta dos semanas después, cuando apareció por la puerta de la tienda y sin saludar siquiera abrió la puerta que daba a su casa no sin antes dedicarle una mirada altiva a todas las clientas que en esos

momentos compraban en ella. Sabía de lo que hablarían esas desgraciadas las siguientes semanas en el pueblo y eso le encantaba.

Después de esa escapada siguieron algunas más, siempre con hombres mayores que ella. Para cuando cumplió los dieciocho años años su fama la precedía. Todos la conocían. Todos los hombres la deseaban. Las historias de sus habilidades sexuales eran tan populares como su atractivo. Poseía una mirada intensa y agresiva capaz de desmontar a cualquier hombre, un cuerpo escultural adornado con unos pechos bien formados y una lengua tan afilada y peligrosa que nadie osaba irritarla con ningún tipo de comentario.

Su vida era intensa y sin pausa. No le importaba el daño que pudiese causar a su madre ni a nadie. Había jugado con varios hombres y los había dejado destrozados y sin blanca. Le divertía todo aquello. Se sentía poderosa. Era extremadamente seductora y no albergaba el más mínimo escrúpulo. Los hombres caían rendidos a sus pies. Los dejaba exhaustos en todos los sentidos. Los enredaba, los exprimía y los dejaba sin una gota de espíritu. Cuando terminaba con ellos tan solo servían como despojos.

A su madre, por supuesto, todo esto la carcomía por dentro. No sabía qué había hecho mal con su hija, su única y deseada hija, fruto de años de intentos en vano con su difunto marido, un hombre dado a la bebida pero inofensivo.

Desde que salía del bar de la plaza temprano por la mañana, una sonrisa asomaba a su cara y ya era imposible borrarla. Ayudaba de vez en cuando en la tienda de su mujer, ya que era el sustento de la familia, pero era difícil encontrarlo cuando se le necesitaba. Para él los años de duro trabajo dando jornales en el campo se habían acabado. Se había ganado suficientemente su vida.

Agustina y Ramón tuvieron a Irene a una edad muy madura, demasiado según algunos. Habían ansiado tanto la llegada de un hijo que se gastaron gran parte de sus ahorros en diferentes médicos y clínicas especializadas en fecundación. Al final la fortuna les sonrió y les dio la oportunidad de ser padres. Agustina parió a Irene a la edad de 45 años.

La vida de Irene cambió el día que conoció a Jorge. Por aquel entonces Irene tenía 19 años y llevaba un tiempo en el que andaba algo abstraída y ausente. Su insolencia habitual había dado paso a un silencio incómodo. Se movía como un autómatas y nada parecía molestarla. Fue muy curioso y agradable para su madre comprobar que su hija podía ser incluso amable. No es que del día a la noche se convirtiese en la hija perfecta, pero al menos contestaba a los saludos cuando salía y entraba, pasando mucho más tiempo en casa que de costumbre.

Irene no sabía lo que le ocurría, simplemente no tenía ganas de nada. Las sensaciones que la habían gobernado durante toda su vida parecían haber desaparecido. Estaba apática y confundida y una inquietud constante la atenazaba en determinados momentos. A veces se asustaba pensando que algún tipo de cáncer o enfermedad terminal estaba acabando con ella y que esos eran los síntomas inequívocos, pero ningún malestar físico la aquejaba. Era algo más hondo y profundo, algo para lo que no existían medicinas.

Era una noche de un sábado frío y lluvioso. Se había obligado a salir de casa y había quedado con su amiga Lucía para ir al pueblo de al lado, que era algo más grande que el suyo y en el que desde luego había más marcha. Llamaron a Jesús para que las llevara en su coche, ya que ninguna de las dos tenía ni carnet de conducir ni coche.

Jesús era un chico un poco mayor que ellas que solía perder el tiempo en los bares del pueblo porque nada más tenía que hacer. Su padre poseía extensas propiedades de olivares cercanas al pueblo y vivía de las rentas que estas generaban sin preocuparse por trabajarlas mínimamente. Fumaba compulsivamente y gastaba en prostitutas todo el dinero que su padre le daba. Esos eran sus vicios, ya que el alcohol ni lo probaba.

Su comportamiento era algo extraño, siempre vestía acorde a una edad superior, con pantalones de pinza, jersey de colores neutros y camisas a cuadros, y su conversación se resumía en un saludo efusivo al verte y un par de preguntas que siempre se repetían. Nada más.

Sin embargo a Irene y a Lucía les venía perfectamente, ya que cada vez que debían ir a cualquier sitio lo llamaban a él, que siempre estaba dispuesto a llevarlas donde quisiesen sin pedir nada a cambio, tan solo por el placer de llevarlas, sobre todo a Irene.

Cuando llegaron al pueblo vecino aparcaron cerca de la zona de pubs. Bajaron del coche precipitadamente debido al aguacero que caía y se dirigieron lo más rápido que sus tacones las dejaban al pub más cercano. Una vez dentro se permitieron levantar la cabeza y quitarse los abrigos que se habían puesto en la cabeza a modo de paraguas y observar cómo una gran multitud se apelotonaba dentro del local debido a la lluvia y al intenso frío.

En ese momento, como siempre que alguien entra en un lugar, todos se volvieron a mirar. Algunas miradas intensas y otras de desprecio, pero ninguna pasó por alto al trío que acababa de llegar. Varios jóvenes algo achispados miraban sin disimulo la monumental figura de Irene entre risas y enérgicos aspavientos. Su fama se había extendido en ciertos círculos. Otros trataban de borrar de su retina la imagen tentadora y apartar de su mente pensamientos lascivos y comparaciones en las que sus parejas siempre salían perdiendo. Era todo un espectáculo cada vez que entraba a cualquier lugar en el que hubiese gente.

Lucía siempre pasaba desapercibida a primera vista. Era «la acompañante», la que va con la que todos quieren, la que se ve en la segunda pasada. Y la verdad es que sin alguien como Irene a su lado, Lucía se hacía visible.

Era una chica no muy alta, un poco por encima de su peso, pero agradable a la vista. Poseía una silueta repleta de curvas, algunas muy pronunciadas y solía llevar pantalones demasiado ajustados que marcaban en demasía su trasero. Tenía unos pechos voluminosos que sobresalían de su talle y un pelo negro y rizado que parecía estar siempre en el mismo estado. Pero sin duda, lo que más llamaba la atención de ella era la profundidad de sus ojos: Las pestañas grandes y perfiladas enmarcaban unos ojos negros y cálidos que lucían inmensamente oscuros dentro del pequeño rostro. Su ex-

presión siempre era delicada y sencilla. Una sonrisa asomaba con facilidad a sus labios y cuando hablaba lo hacía en un tono bajo y pausado. No le gustaba sentirse fuera de control ni las emociones al límite, por ello, cuando salía con sus amigas trataba de divertirse sin dejarse llevar, siempre en un tono contenido pero alegre. Pensaba que el desenfreno conducía a cometer acciones de las que te arrepentías después y ella no estaba dispuesta a ello. Lucía era una chica normal. Se la podría describir así. No destacaba en nada en especial. Quizás porque se sentía cómoda en ese papel.

Este era su segundo año de Arquitectura en Granada, donde había perdido la virginidad y había conocido lo amargo del primer desencanto amoroso. Nadie cercano a su círculo de amigos del pueblo se había enterado de nada, excepto Irene. Ella lo mantuvo en secreto todo el tiempo y no quería por nada del mundo que se supiese. Necesitaba estar en un segundo plano.

Irene y ella eran de la misma edad y desde pequeñas lo compartieron todo, de la única forma en la que las chicas jóvenes lo hacen. No había secretos para ellas. En realidad la que hablaba normalmente era Irene. Lucía la escuchaba atentamente con una expresión piadosa y la convicción de que lo que le comentaba su amiga no tenía forma de ser encauzado. Sabía ciertamente que Irene haría lo que quisiese sin importarle las consecuencias, sin embargo no sentía ningún tipo de envidia por ello. Ella se sentía muy feliz y tranquila dentro de sí misma. Sabía reconocer las sensaciones cuando aparecían, aunque fuesen difusas, y estaba segura de que nada ganaría imitando el comportamiento de su amiga.

La gente la veía como la secundaria, siempre a la sombra de la actriz protagonista, pero eso a ella no le importaba lo más mínimo. Las chicas de esa edad, por regla general siempre se están comparando de una forma agresiva entre ellas por lo más mínimo. Hablan con descaro de sus relaciones y tratan de ser aceptadas por todos aunque eso conlleve consecuencias desagradables.

Lucía había elegido otro camino. Se sentía bien consigo misma y si era amiga de Irene era porque se encontraba muy cómoda con

ella. No la trataba nunca con condescendencia como hacían algunas otras chicas del instituto, la entendía sin necesidad de usar demasiadas palabras y la protegía en cierto modo de los comentarios punzantes de algunos compañeros. Había entre ellas una fuerte conexión más allá de los gustos superfluos y quizás era Irene quien necesitaba más a Lucía que al revés.

Las dos permanecieron unos instantes dubitativas, mirando en varias direcciones en busca de algún lugar por el que penetrar en la inmensa maraña humana y poder acercarse a la barra del pub. Jesús se quedó un tanto rezagado, aunque no las perdía de vista. Cuando atisbaron un pequeño resquicio dejado por dos chicas que, cogidas de la mano, se dirigían al lavabo, Irene no lo dudó un instante y agarrando fuertemente a Lucía del brazo entró rápidamente por el hueco y pudieron alcanzar la barra.

El vaivén de los camareros era trepidante. Iban y venían sin pausa, sirviendo todo tipo de licores y bebidas. Irene trató de llamar a alguno de aquellos frenéticos *barmans* haciéndose notar de todas las maneras posibles, pero no obtuvo resultado. Pasados unos minutos en los que las dos se iban frustrando cada vez más, el más joven de los camareros se les acercó y les preguntó lo que iban a tomar. Irene pidió un gin tonic, mientras que Lucía un licor de mora con un solo hielo. Una vez fueron servidos, Irene indicó con un movimiento de cabeza al camarero que Jesús sería el que pagaría la cuenta. Este se encontraba unos metros hacia la izquierda. Entre él y las chicas se interponían varios chicos jóvenes que hablaban en voz alta y bromeaban entre ellos.

Las dos recogieron sus copas y se zambulleron de nuevo en la marabunta humana buscando salir al exterior. Paso a paso lograron franquear la puerta del local y la fría noche las recibió con un saludo gélido que las hizo estremecerse.

Irene encendió un cigarrillo y exhaló una profunda calada que parecía aliviar los apretujones del interior. Lucía se apoyó en la pared del local mientras observaba el trasiego de personas y le preguntó a Irene.

—¿No tienes la sensación de que nos aprovechamos de Jesús?

—Absolutamente —contestó Irene— pero no creo que eso le importe mucho a él.

—Sí, ya lo sé, pero no me siento demasiado bien obligándole a invitarnos a copas y a llevarnos en su coche a cualquier lugar que nosotras queramos.

—Nadie le obliga —replicó Irene un tanto cínica— si él nos lleva y nos invita es porque le gusta nuestra compañía. Sabe que es lo más cerca que va a estar de una mujer sin pagar por ella —añadió entre risas.

—Creo que no es justo que lo tratemos así, tan solo es eso —repuso Lucía algo lánguida.

Irene suspiró entre calada y calada y miró quietamente a su amiga.

—Mira Lucía, no me gusta ser cruel con Jesús, pero ya sabes cómo es. Es él el que nos busca, el que nos llama, el que necesita de nosotras. Sé que no está bien que nos aprovechemos de eso, pero piensa que si no somos nosotras lo harán otras y a saber lo que le pueden sacar a Jesús dos chicas despabiladas y sin escrúpulos. Imagínatelo. Nosotras le hacemos sentir bien, está acompañado y la gente no se aprovecha de él. La verdad —añadió— no creo que le hagamos ningún mal. Es favor por favor. Simplemente.

Pasaron unos segundos en silencio hasta que Lucía contestó:

—A veces me sorprende la capacidad que tienes de ver los diferentes matices de una misma situación —dijo con una sonrisa.

—Sí, a mí también —añadió Irene con una sonora carcajada.

Cuando Irene se terminó el pitillo entraron inmediatamente dentro del pub, ya que el frío las había dejado ateridas y agradecieron el calor y el molesto tumulto de hacía un rato.

No sabían el tiempo que habían pasado fuera (no mucho, creían), pero cuando entraron nuevamente la aglomeración había disminuido y se podían mover con cierta soltura entre la gente. Cuando llegaron nuevamente a la barra, Jesús había desaparecido, lo hacía siempre. Se movía sin rumbo entre la multitud, sin ningún

motivo, observando a la gente hablar, beber, reír, discutir... Pasadas unas horas aparecía en el momento exacto en el que las dos deseaban largarse del sitio en el que estuviesen sin que nadie lo llamase. Era una especie de don.

En el lugar que antes ocupaba Jesús en la barra se encontraba un hombre de unos treinta años. Sus facciones eran hoscas e intensas, el pelo desgreñado, negro y abundante, como si llevara años sin peinarlo. Poseía una corpulencia notable, con unos hombros anchos y unas manos grandes y ásperas, acostumbradas a trabajos duros e inclementes. Era más alto que cualquiera del pub. Carecía de cualquier tipo de delicadeza en sus ademanes y su mirada dejaba bien a las claras que no deseaba la compañía de nadie.

Al llegar a la barra, Lucía se situó de espaldas a él, mientras que a Irene le quedaba delante. Se miraron fugazmente. Ella no pudo evitar un ligero estremecimiento en su interior cuando sus ojos se encontraron. No le gustó para nada esa sensación. Le resultó extraña y lejana. Él le lanzó una breve mirada de reojo mientras estaba apoyado en la barra, sin ningún tipo de interés. Fría e intensa. De desprecio.

El tipo sorbió el último trago de un tirón, dejó 300 pesetas encima de la barra y se fue sin mirar a nadie.

Durante un par de semanas Lucía percibió un cambio en la actitud de Irene. Pasaba a veces. Dejaba de contestar a las llamadas y cuando contestaba parecía que lo hacía de una forma automática y desganada. En ese momento Lucía ya sabía que tenía que dejarla en paz durante algún tiempo. No quedaban y Lucía no la veía para nada. Pasado este, Irene contactaba con ella un día cualquiera y se comportaba como si nada hubiese ocurrido.

Sin embargo esta vez era diferente. Las semanas pasaron y Lucía comenzó a preocuparse seriamente por su amiga. Llamó a su casa, pero su madre siempre le daba la misma respuesta: «Irene no está». Pasaba por delante de la tienda para comprobar si entraba o salía de ella pero nada.

En una de esas ocasiones Lucía entró en el local. La tienda no era demasiado grande pero no carecía de lo más elemental en cualquier momento del día, por lo que la gente solía ir a comprar en pequeñas cantidades que necesitaban para salir del paso. Eso le confería al establecimiento una identidad muy cercana al cliente, que se sentía casi en la obligación de ir a comprar al menos varias veces a la semana.

Al comprobar que no había nadie, Lucía se acercó al mostrador en el que Agustina se afanaba en el deshuese de un pollo. Cuando Lucía la llamó por su nombre Agustina dio un respingo, ya que pensaba que estaba sola y no se había percatado de la entrada de la chica. Cuando se dio cuenta de quién era, la mujer se tranquilizó un poco y le preguntó con gesto afable que quería. Sus ojos denotaban un cansancio profundo y silencioso. Lucía no se anduvo por las ramas y le preguntó por Irene.

—¿Qué le ha ocurrido a Irene, Agustina? —preguntó en el tono más comprensivo del que la chica fue capaz.

La madre miró instintivamente a la puerta de la tienda y cuando se aseguró que no había nadie le contestó apagada.

—No lo sé, Lucía. Hace unas semanas que se fue y no he sabido de ella desde entonces. Me dijo que iba a tu casa, pero no he querido preguntarte porque ya sabes cómo es ella.

La chica se apiadó de la madre y comprendió en un instante todo el sufrimiento por el que había tenido que pasar desde hacía demasiado tiempo. Se acercó un poco más al mostrador y trató de hacerle llegar con una mirada la compasión que sentía por Agustina. Hacerle ver que no estaba sola y que ella la ayudaría en todo lo que pudiese. Sintió un súbito malestar en su interior que se iba convirtiendo en alguna clase de resentimiento hacia su amiga, algo que ella no había experimentado con anterioridad y para lo que no estaba preparada.

Dio la vuelta por detrás del mostrador, se acercó a Agustina y sin decir una palabra la abrazó intensamente. La mujer dudó al principio, pero unos instantes después cedió y apretó con sus

desnudos brazos a la chica. Lo hizo lo más fuerte que pudo, sin importarle si le hacía daño a Lucía. Al cabo de un momento se separaron y Lucía le dijo dulcemente:

—Usted no tiene la culpa.

Salió de la tienda y se despidió de la mujer dándole un sentido beso en la mejilla.

Agustina se quedó inmóvil, con la vista perdida en la puerta por la que Lucía acababa de salir, mientras vacilaba entre seguir deshuesando el pollo o cerrar la tienda.

Irene no dio señales de vida hasta pasadas tres semanas. Llamó a Lucía un par de veces durante esa misma semana, pero no le había cogido. No quería hablar con su madre, ya que sabía que la haría sentir como una basura y le recordaría, aunque no dijese nada, la clase de hija que era.

Fue una tarde de domingo en la que se encontraba aburrida y bastante descolocada en la que decidió probar suerte desde una de las cabinas y llamó de nuevo a su amiga. Tuvo más suerte esta vez y Lucía descolgó el teléfono.

—¿Qué quieres? —soltó bruscamente.

Aunque Irene no se esperaba tal reacción por parte de su comprensiva amiga, se recompuso y optó por mostrarse altiva y orgullosa, como siempre que se sentía intimidada.

—Yo también me alegro de hablar contigo —contestó irónicamente con una sonrisa en sus labios. La ironía siempre le funcionaba.

Lucía se mantuvo en silencio y a Irene le parecieron unos instantes demasiado incómodos.

—¿Sigues ahí? —preguntó Irene.

—Sí —contestó lacónicamente al cabo de unos segundos Lucía.

Irene percibió en el tono de voz de su amiga un timbre que hizo al que no estaba acostumbrada. Comenzó a notar un frío en el estómago que subía hacia su garganta dejándola seca, sin palabras. Tomó un sorbo de una pequeña botella de agua que tenía a su lado y decidió que ya era hora de pasar al ataque.

—¡Se puede saber qué cojones te pasa! —exclamó visiblemente irritada.

—Supongo que eso te lo debería preguntar yo a ti —repuso sin alterarse Lucía.

—¡No me vengas con gilipolleces! —exclamó de nuevo.

—¿Para qué me has llamado? —preguntó con un tono de reproche en la voz Lucía.

—Necesito que me hagas un favor —contestó de forma directa Irene.

—Sí, eso me lo imaginaba —el tono burlón no pasó desapercibido para Irene, que volvió a sentirse más a gusto en ese terreno.

—Vamos, Lucy —añadió Irene melosamente—, sabes que te he echado de menos.

—¿Has llamado a tu madre? —preguntó Lucía repentinamente.

—¡Y a ti qué te importa! —respondió irritada Irene.

—Veo que más que a ti.

—Mira, chiquita —dijo dando rienda suelta a su lado más perverso— me importa una mierda mi madre y la verdad es que me importas una mierda tú, tan solo te llamaba para que me hicieses un favor, pero como veo que no hay muchas ganas pues ahí te quedas. Colgó el teléfono con violencia y salió de la cabina colérica.

Aunque ya había visto en muchas ocasiones cómo se las gastaba Irene cuando se sentía atacada, Lucía se había quedado una tanto sorprendida por la violenta respuesta de su amiga. Se quedó mirando el teléfono unos instantes y sopesó el decirle a la madre de su amiga lo de la llamada, pero desechó esa idea al creer que le acarrearía más sufrimiento aún a Agustina y optó por guardar silencio y dejar que los acontecimientos hablaran por sí solos.

Dos semanas más tarde Irene apareció por el pueblo. Lucía lo sabía porque había escuchado a su madre hablar con una vecina acerca de las nuevas peripecias de la chica mientras estaban en la puerta de su casa.

—¿Has escuchado que la hija de Agustina llegó ayer a su casa? —preguntó la vecina sin esperar respuesta— parece ser que el hombre con el que se escapó la ha estado maltratando y ha llegado con una gran cantidad de hematomas por todo el cuerpo y la cara desfigurada. Nada más llegar tuvieron que llevarla al hospital —continuó la señora contenta por ser la que llevaba las primeras noticias sobre el suceso— y dicen que tiene que quedarse allí hasta que se recupere.

La madre de Lucía, discreta y poco dada a esa clase de diálogos, estaba visiblemente incómoda con la conversación, por lo que trató de terminar con ella.

—Espero que se ponga bien —contestó escuetamente a la vez que trataba de entrar en casa.

—Y encima dice la gente que el tipo que le hizo eso se ha «ido de rositas» porque la niña no ha querido denunciarle y nadie le conoce. Yo no sé lo que tiene esta juventud en la cabeza, la verdad —siguió la vecina.

—¡Mamá, ven un momento que te están llamando por teléfono! —gritó Lucía para sacar a su madre de la situación.

—Sí, Lucía, ya voy. Bueno Cati, voy a ver qué quieren. Hasta luego.

Entró por la puerta aliviada y cerró tras de sí.

Una vez dentro, se dirigió a la cocina para dejar las bolsas de la compra. Lucía la estaba esperando y antes de que le diese lugar a decir nada le preguntó a su madre sobre lo que sabía de Irene.

—Lo que acabas de oír, Lucía —contestó su madre.

—Sabía que algo así le ocurriría tarde o temprano. Confía demasiado en la gente.

—No quiero ser cruel con Irene, créeme, pero sabes tan bien como yo que se ha buscado lo que le ha pasado. No quiero decir que sea una mala persona ni nada de eso, sin embargo su conducta no era la más adecuada en todos los sentidos.

Lucía estuvo a punto de replicar de forma irreflexiva a su madre, ya que sentía que, aunque Irene había tentado demasiado a la

suerte y no admitía defensa posible, seguía siendo su mejor amiga y tan solo se le pasaban por la cabeza los momentos en los que Irene hablaba con ella de una forma íntima y cercana, sin miedo a que la juzgaran por ser realmente así. No le era posible culparla sin sentir lástima. Hay veces en las que la gente no elige ser de una determinada manera. Simplemente no puede ser de otra.

—Quizás tienes razón, mamá —dijo en voz baja finalmente. Salió de la cocina y se fue a su cuarto.

\*\*\*

Irene yacía en la cama del hospital con la cabeza ladeada hacia la ventana. No quería ver a nadie y no había tolerado que ninguna persona entrase en la habitación, excepto su madre. Agustina la acompañaba día y noche al lado de la cama, sentada en una butaca que se hacía más incómoda con cada día que pasaba.

La policía se había pasado por allí para tratar de hablar con Irene, pero esta se había negado rotundamente a contestar a ninguna de sus preguntas. No había dicho ni una sola palabra desde que volvió a casa.

Aunque la inflamación de la cara iba disminuyendo, aún tenía una expresión congestionada y poco natural. Los ojos y la boca hinchados formaban una máscara grotesca e inexpressiva y los hematomas que salpicaban su cuerpo se habían tornado amarillentos y difusos.

Agustina le llevaba de vez en cuando alguna revista o le encendía la televisión para distraerla, sin embargo su hija permanecía siempre en la misma posición, evitando ver ni ser vista. Excepto a la hora en la que la enfermera llegaba puntualmente para hacerle las curas necesarias, Irene no movía ni un músculo de su cuerpo. Parecía haber decidido purgar su tormento en soledad. Recorrer el camino de salida por ella misma, como siempre había sido.

Mirando hacia donde tan solo ella veía, los pensamientos de Irene se habían convertido en un bucle repetitivo que la impedían

salir de su ensimismamiento. Sabía que debía reaccionar, hacer algo, decir algo, pero no podía. No hasta que encontrara una justificación a lo que le había ocurrido.

Rememoraba esos días que había pasado con Jorge. Días después de haberse encontrado en aquel pub, él había averiguado donde vivía ella y la esperó. Era de noche e Irene había terminado de cerrar la tienda con su madre. Ya llevaba días algo alicaída. Su madre se quedó dentro, ya que vivían encima de la tienda y ella le comentó que iba a casa de Lucía. La verdad es que no sabía a dónde iba exactamente. Se encendió un cigarrillo y echó a andar embutida en un grueso abrigo burdeos. La noche era fría y los coches comenzaban a humedecerse debido al rocío.

Ensimismada en sus pensamientos no se percató del hombre que la esperaba apoyado en un coche aparcado en la calle. Cuando se dio cuenta que la observaban, levantó la cabeza y miró al tipo que a su vez la contemplaba fijamente. Se paró de golpe. Los dos se juzgaron en la distancia. Ella continuó altiva y pasó por su lado, pero él la sujetó de un brazo. No sintió miedo. Se quedó quieta, sin mirar atrás. La mirada del hombre era intensa, animal. Ella podía notarlo. Él acercó la boca a su oído y le dijo unas breves palabras. Irene sonrió disimuladamente. Jorge la soltó, se metió en el coche y cerró la puerta. Tras una mínima espera, Irene abrió la puerta del acompañante y se fue con él.

Jorge vivía en una pequeña ciudad cerca de pueblo, aunque primero la llevó a un cortijo a las afueras en el que trabajaba como capataz. No hablaron durante el trayecto. Él miraba fijamente la carretera, concentrado. Ella lo miraba de reojo de vez en cuando. El deseo comenzaba a poseerla. Cuando llegaron, Jorge apagó las luces del coche. El cortijo parecía bien cuidado aunque antiguo. Unos pequeños faroles en la fachada iluminaban tenuemente la noche oscura. Todo estaba en silencio. El hombre se bajó brusca-mente del coche, abrió la puerta de ella y la sacó de manera violenta sin decir palabra. Ella jugó a resistirse mientras que dejaba que él la fuese tocando impetuosamente. Él le cogió su mano y se la puso

en su miembro por encima de los pantalones vaqueros. Ella sonrió sin que él se percatara y comenzó a acariciarlo, primero por encima y después metiendo la mano dentro. La respiración de él se iba haciendo más entrecortada mientras que su deseo le dominaba cada vez más. Le dio la vuelta toscamente y la apoyó contra el coche, le bajó los pantalones y las bragas de un tirón, sacó su miembro, ya erecto y la penetró con fuerza. Ella se dejó hacer, extasiada. Ya no recordaba los últimos días, ni porqué había estado de bajón. Jorge siguió embistiendo cada vez con más violencia. Irene se mordía los labios. ¡Cómo le gustaba todo aquello!

Cuando terminó, se apoyó unos segundos en ella, aún con el miembro dentro. Se incorporó, se limpió en la chaqueta de ella, se subió los pantalones y se metió en el coche. Irene se quedó apoyada todavía un rato más, asimilando lo que había pasado hasta que él hizo sonar la bocina. Ella se incorporó lentamente y se metió en el coche.

Desde el cortijo la llevó a su piso. Era pequeño, con pocos muebles y con lo justo para vivir. No había ni un detalle que hiciera pensar que en ese lugar habitaba alguien. Sin decir nada la hizo pasar dentro. Él se fue directamente a la cama, ante la incredulidad de ella.

—El baño está al final del pasillo —le dijo en voz alta desde la habitación— cuando termines apaga las luces y te vas al otro dormitorio. Ya lo encontrarás.

Indignada, se duchó. Se puso una camisa de él que estaba colgada en el cuarto de baño y se metió en la cama. Durmió de un tirón.

La mañana estaba bastante avanzada cuando Irene despertó. Había una bolsa con varias prendas femeninas en el suelo de la habitación: bragas, ropa interior, algún pantalón, etc. No eran de mucha calidad pero servirían. El apartamento estaba vacío. Buscó por la cocina algo para desayunar y esperó a que llegara Jorge. Cuando lo escuchó llegar se levantó con una sonrisa y lo esperó en el diminuto salón. Él fue directamente donde ella se encontraba y le ordenó que se quitase la ropa. Fue a replicar, pero él la cortó tajante con

un enérgico movimiento de mano. Se deshizo de la vestimenta lentamente para su propio regocijo, ya que veía cómo el deseo crecía incontrolado en Jorge. Observaba cómo el bulto en la entrepierna se iba haciendo cada vez más grande. Eso la excitó aún más. Sin más contemplaciones, la cogió como si fuese un muñeco y la arrojó sobre la mesa, que se quejó del golpe. Al igual que la noche anterior la penetró salvajemente, más incluso, a lo que ella respondía todavía más excitada. Cuando terminaron, él la abofeteó en la cara. Ella se quedó aturdida, con los ojos muy abiertos. Él se fue y la dejó allí sola, recuperando la respiración. Irene se incorporó con las manos sobre su cara dolorida y rabiosa por el golpe recibido. ¡Pero quién coño se creía ese tipo! Fue a su habitación a coger sus cosas y largarse de allí. No tenía dinero, pero ya encontraría el modo de que alguien la llevara a casa. Con sus encantos todo era más fácil. Sin embargo, mientras recogía algunas prendas que le podían ser útiles, se sentó en la cama. El enfado iba remitiendo y se sentía más calmada. Pensó que el golpe tampoco había sido para tanto. Se llevó la mano al lugar en el que la había golpeado. Aún notaba un cierto regusto metálico de la sangre en la boca. Se tumbó en la cama y esperó.

Los días fueron transcurriendo y la violencia era cada vez más descontrolada. El último día, ella había decidido salir a hablar con Lucía y comprar algunas cosas para hacer algo de comer, ya que lo que Jorge siempre traía era comida precocinada y la verdad es que ya estaba harta de ella. La llamada a Lucía no había ido como ella esperaba. Quería pedirle que le llevase algo de ropa de su casa, pero habían discutido. No soportaba lo santurrón que se ponía a veces. Preparó el almuerzo con suma delicadeza. No recordaba haberlo hecho nunca. Cuando Jorge llegó, ella ya llevaba tiempo esperándolo ansiosa en la mesa. Cuando entró al salón echó un vistazo lento a la mesa. Su aspecto era rudo y desaseado. Olía a campo y a gasoil. A su boca asomó un sonrisa de desprecio. A ella le dio miedo y se encogió sobre la silla.

—¿Así que ahora juegas a ser ama de casa? —preguntó irónico.

Ella notaba cómo la rabia la superaba. Todo su esfuerzo para que este imbécil viniese con eso ahora. ¡A la mierda se podía ir! ¡Ya estaba harta de esforzarse, de que le pegase, de que la hiciese sentir como un insecto!

—¿No me digas que te he ofendido? —volvió a preguntar cínicamente mientras se acercaba a ella.

Se colocó detrás de ella y le ordenó que se levantara. Le quitó el vestido con tremenda vehemencia.

—Recuerda que eres mía —le dijo en un susurro por detrás, cerca de su oído.

Lo que vino después lo recordaba como una vorágine de golpes, investidas, insultos. Ese día decidió que era el último. Así que cuando él se fue, recogió sus cosas, se miró al espejo para maquillar los golpes de la cara y se fue.

\*\*\*

En el hospital los días se consumían sin avanzar lo más mínimo. Las heridas exteriores sanaban, mientras que en su interior fuerzas adormiladas durante mucho tiempo pugnaban por ganar la batalla. No se reconocía. Se repudiaba a sí misma. Buscaba una justificación. No le importaban lo más mínimo la palizas, lo que más le preocupaba era que se había perdido por el camino. Ya no recordada cómo era antes de todo, o quizás no quería recordar. Así era más fácil: esconderlo todo debajo de la alfombra y quitarlo de la vista de todos.

Una mañana despertó y giró la cabeza para despegarla de la ventana que tan fiel le había sido durante esas semanas. Su madre no estaba en la habitación y decidió levantarse e ir al cuarto de baño. Cuando posó los pies sobre el suelo, la cabeza comenzó a darle vueltas. Tuvo que poner las dos manos sobre la cama y esperar a que todo dejara de moverse. La sangre le sonaba en los oídos como un río embravecido y sus ojos quedaron cegados por unos instantes.

Una vez la sensación de mareo pareció aflojar, Irene dejó que sus piernas dubitativas la guiaran lejos de su lecho. Mientras daba sus primeros pasos notó cómo un cosquilleo recorría de forma intensa todo su cuerpo. Fue una sensación extraña que la hizo recordar experiencias anteriores y ya casi olvidadas. Se estremeció un instante y continuó su recorrido hacia el váter.

Cuando entró en la habitación, Agustina se sobresaltó al comprobar que la cama de su hija estaba vacía. Dejó las revistas sobre la mesa y se dispuso a salir en busca de la enfermera. Sin embargo, cuando salía de la habitación, el peculiar sonido de la cisterna en funcionamiento delató a Irene.

—Hija, ¿estás bien? —preguntó Agustina acercando su oído a la puerta.

Irene no contestó.

—Irene —alzó un poco la voz Agustina—¿te pasa algo, hija? —volvió a preguntar.

La puerta se abrió de repente y Agustina acertó a ver lo que quedaba de su hija. Irene estaba delgada y pálida. Su cuerpo, debajo del pijama del hospital, se tornaba aún más anguloso de lo que realmente estaba y las piernas apenas la sostenían.

Agustina se acercó a su hija y la sujetó por un brazo. Ella se dejó hacer sin protestar ya que no tenía fuerzas para ello. Paso a paso Irene se fue acercando nuevamente a la cama. Se sentó en el borde de esta, jadeando, y se deshizo delicadamente del brazo de su madre.

—Tráeme un poco de agua —pidió Irene.

Agustina llenó un vaso con agua embotellada y se lo dio a su hija.

—¿Te encuentras bien, Irene? —le preguntó mientras bebía el agua de un trago.

—Me quiero ir de aquí, mamá —dijo sin mirar a su madre.

—No sé si ya estás del todo recuperada.

—Me encuentro bien. Tan solo necesito tiempo para recuperarme y reponer fuerzas y para eso no necesito un hospital —replicó levemente Irene.

—Bueno, ¿si quieres después le preguntamos al doctor a ver lo que dice?—preguntó Agustina

—Mamá —suplicó Irene mientras cogía fuertemente la mano de su madre— de veras necesito irme de aquí. Quiero ir a casa y descansar. Estoy harta de este olor a enfermo, de esta ventana, de esta cama.

—No te preocupes, cariño—continuó la madre— voy a hablar con el médico para que te den el alta.

Agustina se soltó suavemente de la mano de su hija y salió de la habitación. Cuando bajaba por el ascensor no podía dejar de pensar en la forma en que le había hablado. No había trazos de prepotencia ni altivez en su tono. Sus ojos llenos de vida parecían un tanto apagados, y rehusaba mirarla en todo momento. Acostumbrada a respuestas cortas y bruscas por su parte, para Agustina era realmente perturbador oír tanta docilidad salir de la boca de Irene, y se preguntaba cuánto bien le podría hacer todo lo que le había pasado y recuperar así una versión suya que no veía desde que era pequeña. Quizás después de todo, lo que le había ocurrido había sido para bien y su hija ya no volvería a defraudarla, sentaría la cabeza y tendría una vida normal. No pedía demasiado, se convencía.